

penetración que sorprende las relaciones y señala las afinidades imprevistas; si se trata de producciones estéticas, la imaginación que construye, organiza é infunde el soplo de la vida.

Sin insistir acerca de una verdad tan evidente, aunque á menudo menospreciada, se ha de deducir de todo lo expuesto que el azar es una ocasión no un agente de la creación.

CAPÍTULO V

LEY DEL DESENVOLVIMIENTO DE LA IMAGINACIÓN

La imaginación, de la que con tanta frecuencia se dice que es "una facultad caprichosa", ¿está sometida á alguna ley? Planteada así la cuestión, es tan elemental que hace falta precisarla.

Como causa directa de intervención (grande ó pequeña), la imaginación obra sin determinismo asignable; en este sentido se la llama espontaneidad, término vago que hemos tratado de esclarecer. Su aparición no es reductible á ley alguna, resulta de la convergencia, á veces fortuita, de los diversos factores anteriormente estudiados.

Dejando aparte este momento de origen, el poder de invención, considerado en su desarrollo individual y específico, ¿parece seguir una ley? ó si este término resulta muy ambicioso, ¿presenta en su evolución alguna regularidad perceptible? De la observación se desprende una ley empírica, esto es, resulta directamente de los hechos, de los cuales es la condensación, la fórmula abreviada, y se puede enunciar así:

La imaginación creadora, en su desenvolvimiento completo, recorre dos períodos separados por una fase crítica: un período de autonomía ó de eflorescencia, momento crítico, y otro período de constitución definitiva que ofrece muchos aspectos.

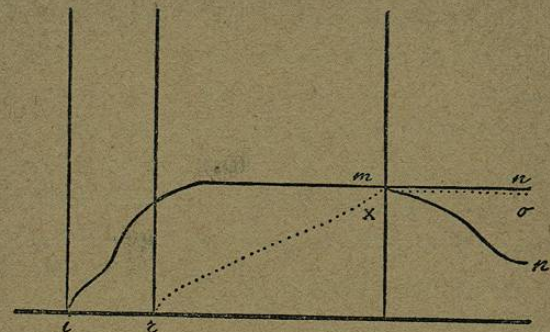
Esta fórmula, no siendo más que un resumen de la experiencia, debe ser justificada y explicada por ella, y podremos tomar los hechos de dos fuentes diversas: 1.ª, el desenvolvimiento del individuo, que es la más segura, la más clara y la más fácil de observar; y 2.ª, el desenvolvimiento de la especie (ó histórico), en razón del principio admitido de que la filogenesia y la ontogenesia siguen por lo general la misma marcha.

I

Primer período.—Nos es ya conocido, es la edad de la imaginación; en el hombre normal comienza hacia los tres años, abraza la infancia, la adolescencia y la juventud, más larga ó más corta. El juego, la invención novelesca, la concepción mítica y fantástica del mundo la resumen primero; después, entre la mayor parte, la imaginación depende de la influencia de las pasiones, y, sobre todo, del amor sexual; durante largo tiempo permanece pura de todo elemento racional.

Sin embargo, poco á poco este último se va abriendo camino; la reflexión (encerrando en esta palabra el trabajo del espíritu) nace bastante tarde, crece lentamente y, á medida que se afirma, influye sobre

el trabajo imaginativo y tiende á reducirle. Este antagonismo naciente está representado en la figura que sigue.



La curva *i m* es la de la imaginación durante este primer período; al principio se eleva muy lentamente; después alcanza una ascensión rápida, y se mantiene a una altura que marca su apogeo en esta forma primitiva. La línea puntuada *r x* figura el desenvolvimiento racional que comienza más tarde, marcha con mucha mayor lentitud, pero, progresivamente, llega en *x* al nivel de la curva imaginativa; las dos formas intelectuales se hallan una en frente de otra como dos potencias rivales. La porción *m x* señala el principio del segundo período.

Segundo período.—Es una fase crítica de longitud indeterminada, aunque siempre mucho más corta que las otras dos. Esta crisis no puede ser caracterizada más que por sus causas y sus resultados; tiene por causas, en el orden fisiológico, la formación de un organismo y de un cerebro adultos, y en el orden psicológico, el antagonismo entre la subjetividad pura de la imaginación y la objetividad de los procedimientos racionales, ó, en otra forma, entre la inestabilidad y la estabilidad mentales. En cuanto á los

resultados, no aparecen más que en el tercer período como producto de esta fase oscura de metamorfosis.

Tercer período.—Es definitivo; de una manera ó de otra, y en un grado cualquiera, la imaginación se *racionaliza*; pero esta transformación no es reductible á una forma única.

1.ª La imaginación creadora decae (como se ha indicado en la figura anterior, donde la curva imaginativa *m n'*, desciende rápidamente hacia la línea abscisa sin detenerse jamás); es el caso más general; solo los imaginativos verdaderos son la excepción. Se entra poco á poco en el prosaísmo de la vida práctica, es el desencanto del amor que se trata ya de quimera, cuando se destruyen los sueños de la juventud etcétera, etc. Esto es una regresión, no un fin, porque la imaginación creadora no desaparece por completo en ningún hombre, se convierte en un accidente.

2.ª Se mantiene, pero, transformándose; la imaginación se adapta á las condiciones racionales; no es ya imaginación pura, sino una forma mixta (la que se ha indicado en la figura por la prolongación de las dos líneas *m n*, imaginativa, y *x o*, racional); tal es el caso de los imaginativos verdaderos, entre los que el poder de invención permanece joven y vivaz durante largo tiempo.

Este período de conservación y de constitución definitiva con transformación racional, ofrece muchas variantes.

Primera (y es la más simple), *la transformación en forma lógica*. El poder creador, que se ha revelado en el primer período, permanece constante consigo mismo y sigue siempre la misma dirección; tales son los inventores precoces, aquellos cuya vocación

ha aparecido pronto y que nunca se desvía. La invención se despoja de su carácter infantil ó juvenil para hacerse viril del todo; no existen más cambios. Comparad los *Bandidos* de Schiller, obra escrita antes de los veinte años con la trilogía *Wallenstein* que produjo á los cuarenta; ó los vagos esbozos de J. Walt adolescente con las invenciones de su edad madura.

Otro caso es la *metamorfosis ó desviación* del poder creador. Sabido es cuántos hombres, que han dejado un nombre ilustre en las ciencias, en la política, en la invención mecánica, ó en la industria, han comenzado por ensayos mediocres en la música, la pintura y sobre todo en la poesía, el teatro ó la novela. El impulso imaginativo no ha encontrado su camino al primer esfuerzo, é imita esperando inventar. Lo que se ha dicho más arriba acerca de las condiciones cronológicas del desenvolvimiento de la imaginación nos dispensa de insistir. La necesidad de crear ha seguido primero la línea de menor resistencia en la que se encontraban algunos materiales preparados, pero, para llegar á la plena conciencia de sí misma, la hacía falta más tiempo, más conocimientos y más experiencias acumuladas.

Ahora pudiera muy bien preguntarse si se da el caso inverso, en el que la imaginación, al fin de este tercer período, vuelve á adquirir de nuevo las disposiciones de la primera edad. Esta *metamorfosis* regresiva (porque no puedo calificarla de otro modo), es rara pero no sin ejemplos. Ordinariamente la imaginación creadora, cuando ha atravesado la fase adulta, se extingue por atrofia lenta sin sufrir transformación alguna. Sin embargo, puedo citar el caso de un sabio muy conocido que comenzó por las artes (plásticas sobre todo) y atravesando rápidamente por la

literatura, ha consagrado su vida á las ciencias biológicas en las que ha alcanzado una reputación muy merecida; luego, al envejecer, hastiado completamente de las investigaciones científicas, volvió á la artes que le han vuelto á ocupar por entero.

En fin (porque aun hay otras muchas formas), en algunos la imaginación, aunque poderosa, no traspasa casi el primer período y conserva siempre su forma juvenil, casi infantil, apenas modificada por un mínimo de racionalidad. Observaremos que se trata aquí, no de la ingenuidad de carácter, propia de algunos inventores á quienes se les ha llamado "niños grandes", sino del candor y de la ingenuidad inherentes á la imaginación misma. Esta forma excepcional no es conciliable, generalmente, más que con la creación estética.

Añadamos la imaginación mística, de la que daría algunos ejemplos, excepto de ciertas concepciones religiosas que no tienen comprobación alguna más que en esos delirios con pretensiones de ciencia. Algunos místicos contemporáneos han ideado varias aplicaciones del mundo que nos recuerdan la mitología de las primeras edades; esta infancia prolongada de la imaginación es, en suma, una anomalía, hechos aislados y curiosos más bien que obras.

En este tercer período del desenvolvimiento de la imaginación aparece también una ley secundaria ó subsidiaria: la de la *complejidad creciente*, y sigue una marcha progresiva de lo simple á lo complejo. A decir verdad, esto no es una ley de la imaginación considerada en sí misma, sino un desenvolvimiento racional que influye en ella de rechazo: es una ley del espíritu que conoce no que imagina.

Es inútil mostrar que el conocimiento teórico y

práctico se desenvuelve siguiendo un aumento de complejidad; porque desde que el espíritu distingue claramente entre lo imposible y lo posible, entre lo quimérico y lo real (lo que no ocurre con el niño ni con el hombre primitivo), desde que ha contraído hábitos racionales y se somete á una disciplina cuyo influjo es indeleble, la imaginación creadora está sometida, de grado ó por fuerza, á nuevas condiciones; no es dueña absoluta de sí misma, pierde la audacia de su infancia y sufre las reglas del pensamiento lógico que la arrastran en su movimiento. Salvo las excepciones apuntadas más arriba (que no son aún más que parciales), el poder creador depende de la facultad de conocer, que le impone su forma y la ley de su desarrollo. En la literatura y las artes, la comparación entre la simplicidad de las creaciones primitivas y la complicación de las civilizaciones avanzadas es ya un lugar común; en el orden práctico, técnico, científico y social, cuanto más adelantado se esté, es preciso saber más para crear, sin lo cual se repetiría creyendo inventar.

II

Considerado históricamente, en la especie, el desenvolvimiento de la imaginación sigue la misma marcha que en el individuo; se nos dispensará que no insistamos, pues sería volver á decir en una forma más vaga lo que ya hemos dicho; bastarán algunas breves explicaciones.

Vico (cuyo nombre merece ser recordado aquí, porque fué el primero que vió el partido que podía sacarse de los mitos para el estudio de la imaginación), dividía el curso de la humanidad en tres edades sucesivas: divina ó teocrática, heroica ó fabulosa y humana ó histórica, después de lo cual el ciclo volvía á empezar de nuevo. Aunque esta concepción demasiado hipotética se haya olvidado en nuestros días, basta para nuestro designio. ¿Qué son, en efecto, esas dos primeras edades, que han sido siempre y en todas partes las etapas precursoras y preparatorias de la civilización, sino el período triunfante de la imaginación? Ellas han producido los mitos, las religiones, las leyendas, las relaciones épicas y guerreras, los monumentos fastuosos elevados en honor de los dioses y de los héroes; muchas naciones, cuya evolución ha sido incompleta, no han pasado de ahí.

Tomemos la cuestión en una forma más precisa, más restringida y también más conocida: la historia del desenvolvimiento intelectual en Europa desde la caída del imperio romano, que presenta tres períodos muy claros y distintos.

Nadie negará la preponderancia de la imaginación en la Edad Media: intensidad del sentimiento religioso, epidemias de superstición sin cesar renacientes, institución de la caballería con todo lo que con ella se relaciona, poesía heroica, novela caballescá, cortes de amor, eflorescencia del arte gótico, preludio de la música moderna, etc. etc. Por el contrario, durante este período, la *cantidad* de la imaginación aplicada á la invención práctica, industrial y comercial es débil; la cultura científica consignada en los formularios latinos, que no leían más que los clérigos, está compuesta en parte de las tradiciones

antiguas y en parte de quimeras; lo que han añadido esos diez siglos á las ciencias positivas es casi nulo. Nuestra anterior figura con sus dos curvas, la una imaginativa y racional la otra, cuadran pues tan perfectamente al desenvolvimiento histórico como á la evolución individual durante este primer período.

Nadie negará tampoco que el Renacimiento es un momento crítico, un período de transición y de transformación análogo al que hemos señalado en el individuo, en el que, ante la imaginación, se erige un poder rival.

Por último, se admitirá también sin dificultad alguna que durante el período moderno la imaginación social está en parte amortiguada y en parte racionalizada por el influjo de dos factores principales: el uno científico y el otro económico. De un lado el desenvolvimiento de las ciencias, y de otro el de los grandes descubrimientos marítimos, han suscitado la invención industrial y comercial, y han dado á la imaginación una actividad nueva, produciéndose puntos de atracción que la han llevado por otros caminos, y la han impuesto otras formas de creación que con frecuencia se olvidan ó menosprecian, y que nosotros vamos á estudiar en la tercera parte.